

Lleno total para Monreal y Beethoven

SERGIO BALSEYRO

El concierto que inauguró la temporada de la Sociedad de Conciertos a cargo del saguntino Mario Monreal se caracterizó por la claridad que siempre atrae multitudes, por el virtuosismo, con algunas pequeñas imprecisiones, en la interpretación y por una mayor calidad de obras en la segunda parte con la tercera y cuarta sonatas del «genio del tema».

Con un aspecto similar al propio Beethoven, Monreal salió convencido al escenario para interpretar las cuatro primeras sonatas de Beethoven. Para abordar un ciclo completo de sonatas hay que conocer profundamente la obra, el carácter y la evolución del compositor. Esto lo sabe Monreal y así lo demuestra en los sentimientos impresos en las partituras (que no utiliza).

Aun así, las dos sonatas primeras op. 2 dedicadas a Haydn, a quien en ocasiones trataba descortesmente debido a su impulsivo carácter de rápido enojo y pronto arrepentimiento, no contienen la profunda y palpitante espiritualidad posterior. La primera, danzarina en su comienzo, con contraste forte-piano en su minueto tuvo alguna imprecisión y desajuste por parte de Monreal. La segunda opus 2 comenzó con un gracioso Allegre de vertiginosos ascensos y descensos, siguió con un patético e insistente «largo appassionato», continuó con un scherzo lleno de

arpeggios perfectamente resueltos y culminó con un Rondo, virtuoso y alegre.

La segunda parte mejoró muchísimo. La tercera sonata op. 2, que el celeberrimo Beethoven de «manos fuertes» dedicó a su maestro Haydn, hubiera sido más pertinente dedicársela a Muzio Clementi por la abundancia de trinos en ambas manos, arpeggios, octavas salteadas, dobles notas, virtuosismo y contraste sonido compacto-cantabile tan típicos en Clementi. Todas estas dificultades las resolvió Monreal ocasionando la mejor interpretación del recital. Un contundente y majestuoso Allegro con brío, ya comentado antes, un lacrimoso, tierno, penetrante y profundo Adagio, un Scherzo tan personal y propio de Beethoven y por último un Assai alegre de

increíble virtuosismo y que constituyó el movimiento más brillante ejecutado en el recital.

La cuarta sonata op. 7 escrita en Viena, como las otras, mientras tres mil carrozas recorrían la ciudad, está dedicada a una condesa, primera dedicatoria que luego repetirá abundantemente con otras aristócratas. Profundamente enamorado, con ansias continuas de amar esta sonata refleja este alegre estado de ánimo que hizo llamarla «la enamorada». Sonata de notable diferencia con las anteriores, tuvo un final ronco que constituyó el ideal para cerrar el recital demostrando una vez más el virtuosismo y buen hacer de Monreal que, aplaudido, regaló un bis lleno de arpeggios, octavas, mordientes y vertiginosos ascensos y descensos.